

El pasado no; el presente

Escribe José María PEREZ LOZANO

VOY poco, ahora, por Extremadura. Y no he vuelto a Cáceres –bien lo siento– desde hace algunos años. Pero sígo, claro, con amor y esperanza las noticias que de allí me llegan y especialmente esa crónicas del bueno de Gutiérrez Macías que son, para muchos extremeños ausentes, la única noticia conocida. A veces me peleo dialécticamente con Carlos Callejo –es milagro de esta tierra seca cautivar a extraños y hacerlos apasionados de su nueva patria, Dios los bendiga– o escribo algún artículo sobre Cáceres, que irrita a veces, por simples humorísticas alusiones, a las personas aludidas o escribo sobre Plasencia. Nadie me dio nunca las gracias, que no darlas es con frecuencia hosca costumbre de Extremadura, cuyas relaciones públicas fueron siempre más bien detestables.

Aunque voy poco por Extremadura, pienso en ella con las fibras de todo mi ser; sé de algunas de las prosperidades que en ella despiertan los forasteros –valgan por caso los financieros e ingenieros de embalses– y me sigue irritando el exceso con que mis paisanos se dedican al recuerdo de los hombres y días del pasado, en lugar de mejorar el presente. Todavía me asombra que Cáceres y Plasencia sigan a trasmano de las líneas férreas, sin que se remedie una torpeza tan secular. Y me duele y comprendo que Extremadura sea una de las primeras regiones «productoras» de emigrantes a Madrid o a Barcelona, que vivir en seco y con escasas esperanzas es dura exigencia para los hombres. Por todo ello, mi punto de vista –lo confieso– es con frecuencia irritante para mis paisanos y aunque, cuando escribo, lo hago sobre hechos reales, nada me complacería más que ser refutado en los males que denuncio, que bien sabe Dios lo

feliz que sería rectificando. Sólo que algunos de nuestros paisanos no me rectifican hechos. Sólo se me enfadan.

No clamaría yo, con ningún derrotismo, como aquel hombre del 98, por echar siete llaves al sepulcro del Cid. No hay que echar llaves a los sepulcros entre otras razones porque no hace falta. Los muertos se suelen estar quietos. Pero de siempre me ha preocupado que el peso enorme de una historia tan densa –y tan gloriosa, de acuerdo– aplaste a los hombres del presente, les sitúe en nostalgia de aquel pasado y les obligue de algún modo a vivir de réditos e incunables.

Me gustaría invitar a esta revista, a su director, a sus colaboradores y aún a sus lectores a un sencillo y sincero examen de conciencia sobre el particular. Y sobre todo a un propósito: descubrir la Extremadura de hoy, con sus realidades –expuestas sin timbales– y sus esperanzas, sus problemas y sus afanes. ¿Por qué, sin olvidarlos y respetándolos, no dejamos de hablar de nuestros castillos y hablamos más de nuestros pantanos? ¿Por qué no dejamos descansar a los conquistadores y hablamos de los hombres sencillos que montan fábricas, ponen en marcha regadíos o abordan soluciones concretas a nuestros problemas económicos seculares? ¿Por qué no dejamos a los cronistas del XVII y hablamos de Pedro de Lorenzo y de José María Valverde? ¿Por qué si hablamos de Chamizo, no contamos algo de Juan José, que es un muchacho universitario que ha puesto músicas a los poemas de don Luis y los canta en radios y festivales? ¿Por qué, incluso al glosar nuestras riquezas turísticas no planteamos el problema de los alojamientos hoteleros?

Yo no sé si la idea queda suficientemente clara. Pero me gustaría que las glorias extremeñas tuviesen continuidad, aunque fuese a escala más doméstica y sencilla, y que nuestros hombres del agro y del pueblo no tuviesen que emigrar a las grandes ciudades, sino construir, junto a sus cementerios, fábricas. Personalmente, desde luego, prefiero la biografía de un maestro actual, en cualquier pueblo extremeño, a don Francisco Pizarro. Dicho sea con todos los respetos.